

Análisis de la Universidad Actual

683678

- Los peligros que conlleva la masificación
- Algunas consideraciones sobre el caso chileno



El profesor Jorge Millas (a la izquierda) habla sobre la universidad de nuestro tiempo. Le acompañan el doctor Jaime Lavados, presidente de la Corporación de Promoción Universitaria, y Juan Gómez Millas, ex Rector de la Universidad de Chile, secretario académico de CPU

"Marxista o antimarxista, la demagogia universitaria es siempre un callejón sin salida para el problema de la universidad de masas", afirmó el filósofo Jorge Millas al analizar el problema de la Universidad de nuestro tiempo.

"En uno y otro caso añadió— surgen en los claustros las actitudes más contrarias al espíritu de la ciencia y a lo que "sub specie aeternitatis" tendremos siempre el derecho de esperar de la Universidad".

El profesor Millas resumió su pensamiento frente a este tema en una conferencia de 80 minutos, programada por la Corporación de Promoción Universitaria (CPU) como parte de sus Diálogos Universitarios 1980. Su exposición fue seguida con profundo interés por los académicos que colmaron el auditorio de la Corporación y recibida con prolongados aplausos.

Millas comenzó refiriéndose a la masificación de la cultura y sociedad contemporáneas, que había inducido una masificación en las universidades. Esta so-

ciudad de masas (un hecho inevitable) coloca a la universidad en una situación muy especial, que si bien le ofrece la posibilidad de ensanchar su influjo social y de ejercer un papel como poder educativo, la coloca frente a un doble peligro: el primero, que para encontrar una salida se haga demagógica (marxista o antimarxista); y segundo, que reniegue de su propia identidad y misión.

Las tres cuartas partes del análisis de Millas estuvieron centradas en la Universidad como una generalidad; los últimos minutos los dedicó al caso específico de las universidades chilenas.

EL CASO CHILENO

"Una cosa, sin embargo, —dijo— no quisiera dejar ahora intacta, y es la situación actual de nuestras propias universidades".

"A contrapelo de cuanto los gestos rituales, los conjuros retóricos y la simbología al uso pudieran llevarnos a creer, la Universidad chilena se halla muy estragada, sin verdadera ruptura con la anterior situación, por el espíritu de masificación en el mal sentido de la palabra. Gran parte de cuanto queda antes dicho le alcanza todavía, bajo las nuevas apariencias. Le alcanza, desde luego, en este preciso momento, cuanto queda dicho sobre el modo de entender su misión frente al reclamo de auxilio tecnológico. Y le alcanza, con efectos acentuados, por la preeminencia con que el economicismo de la sociedad de consumo y de la economía de libre mercado va imponiéndose en la política universitaria del país, hasta culminar en las extravagancias del autofinanciamiento y de la emulación empresarial hacia donde algunos empujan a nuestra corporación.

Siendo todo ello inquietante, no es, sin embargo, el mayor problema. Ese, y todos los otros que como universitarios nos preocupan, surgen en el ámbito de otro más general, la actual alienación de nuestras universidades. La alienación —fenómeno de centrifugación de un ente espiritual, en cuya virtud éste pierde su propio centro y gravita hacia algo extraño, ajeno, que toma su control— es también un efecto característico de la sociedad técnica de masas. Esta, por ejemplo, saca al individuo de sus quicios, despersonalizándolo. Por ejemplo, también, desquicia las instituciones, poniéndolas a merced de valores y poderes que les son ajenos".

"La universidad chilena se encuentra hoy doblemente alienada. Primero, porque no obstante haber recuperado el orden externo de sus claustros, donde unos investigan y enseñan y otros aprenden, no ha rescatado sus valores propios, siendo aquel orden sólo una apariencia originada en valores ajenos a la universidad —por ejemplo, el conformismo y la primacía de la fuerza—. Segundo, porque se halla sometida a poder ajeno. El tema es aquí pertinente por ofrecernos un buen modelo de cómo se malentienden los problemas que la sociedad de masas va generando en la universidad contemporánea. A todas luces, el régimen de intervención que nos afecta

se ha originado como una reacción frente al estado de cosas que antes señalaríamos y que muchos de nosotros recordamos sin rencor y con temor. Pero la reacción ha sido tan estrambótica como los males que intentaba conjurar. Nos politizaban —alienándonos— las contiendas de los partidos introducidas desde fuera, y ahora nos politiza —siempre alienándonos— la autoridad de Gobierno. Nos dañaba la mediocridad que públicamente se encaramaba desde las asambleas hasta algunos cargos directivos y cátedras, y ahora nos daña la que, por el camino de la docilidad y del trajín sigiloso, cuando no de la intriga, asciende también a los altos niveles de la responsabilidad académica. Nos preocupaba la inseguridad que para el libre debate y el cumplimiento de la misión universitaria representaban los consejos tumultuosos y las asonadas, y hoy campea la inseguridad de nuestros cargos y de nuestro derecho a la libre expresión, puestos a merced discrecional de autoridades no generadas por el consenso académico ni sujetas al imperio de estatutos académicamente procesados".

"Ni que se trate de una "situación de excepción" —como consoladoramente se dice— ni que se venga anunciando una ley de universidades, pueden superar nuestra pesadumbre ni inducirnos al optimismo. Estos siete años de alienación han sido años dilapidados en experiencias de sujeción y silencio y otras medidas de lesa universidad, que no han ocurrido sin consecuencias. El espíritu universitario es cosa frágil y hoy el ánimo medroso y apocado de innumerables colegas nuestros, bajo cuyo ejemplo se han formado a lo menos una, y en casos, dos generaciones de estudiantes, dan testimonio del daño ya infligido. Y en cuanto a la ley, ¿será ley verdaderamente nuestra, es decir, expresión de nuestro discernimiento, de nuestros valores, de nuestra autonomía, es decir, de nuestra autodiscipli-